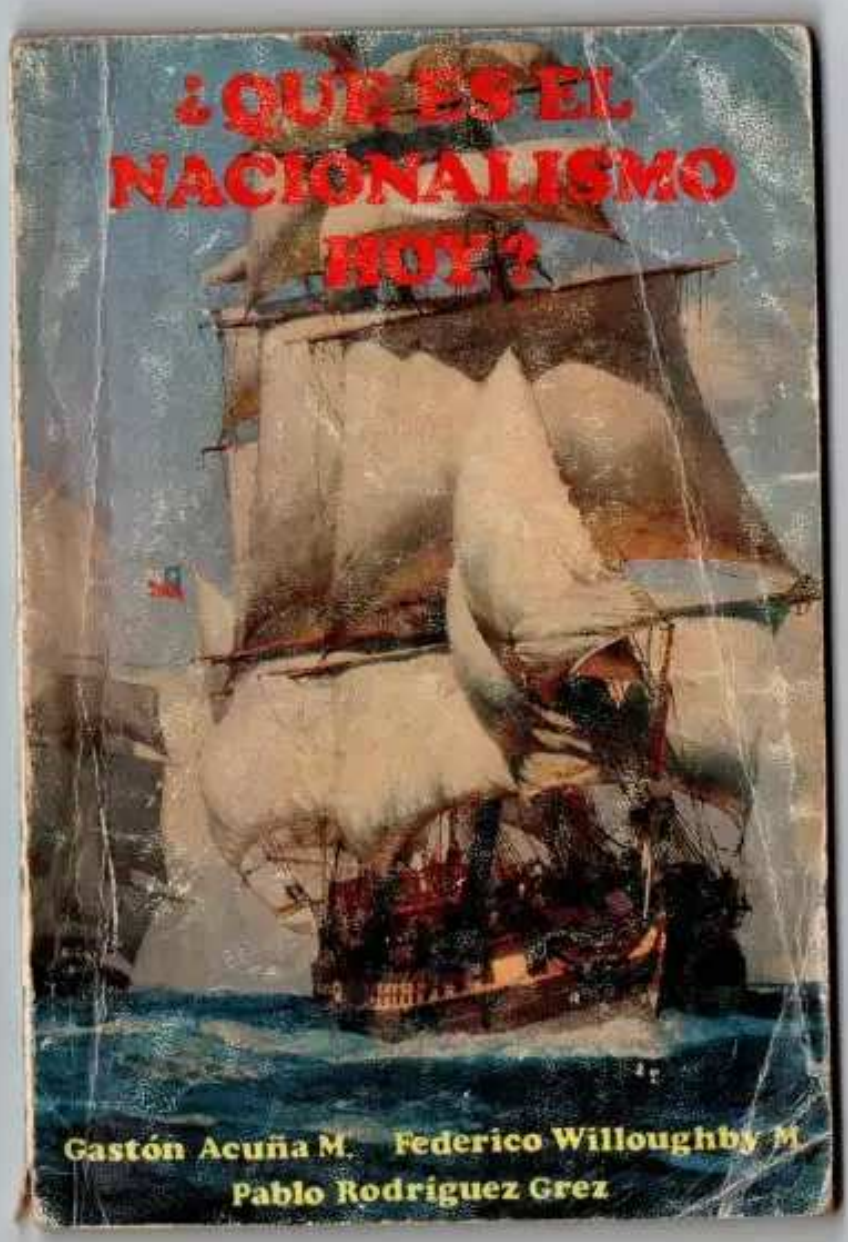
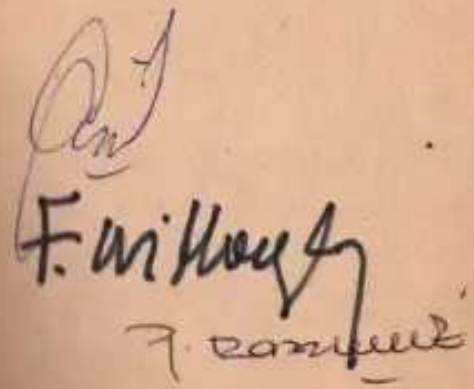

¿QUE ES EL
NACIONALISMO
HOY?
Gastón Acuña M.
Federico Willoughby M.
Pablo Rodríguez Grez

$ 70 00

Gastón Acuña M.
Federico Willoughby M.
Pablo Rodríguez Grez

¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?



1983

© Gastón Acuña M.
Federico Willoughby M.
Pablo Rodríguez Grez
¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?

Primera edición, agosto de 1983

Impresión: ARTIMPRES. V. Llanos 3774

Pablo Rodríguez Grez
Huérfanos 1117 Oficina 1101

HECHO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
Derechos Reservados

tón Acuña M. Federico Willoughby M.
Pablo Rodríguez Grez

¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?

SINTESIS DE UN IDEARIO

A MANERA DE PROLOGO

La expresión "nacionalismo" ha sido llevada y traída con tal familiaridad en el vaivén de los recientes debates nacionales que ha terminado por desdibujarse por completo, al punto de que para algunos tal vez hoy signifique demasiado, para otros demasiado poco y para muchos probablemente no signifique nada. Por lo demás, en el ardor polémico, no han faltado quienes le cuelguen un ribete de flecos ominosos que no le cuadran en absoluto y de los que en ningún caso tiene menester.

A rescatarla vienen estas páginas, escritas en un afán de precisiones, para que, limpia de espúreas mezclas, desbrozada de las connotaciones negativas que la malicia le atribuye, sirva de alero a la chilenidad insatisfecha y de punto de convergencia en su voluntad de encarar el porvenir.

Si hubiere que condensar lo que esa expresión engloba en una frase, habría que decir: **Ser nacionalista es sentir a la nación como tarea.**

Acaso el "nacionalismo", como concepción doctrinal, contenga para cada país y para cada momento de su historia postulaciones muy diversas y hasta contradictorias; acaso lo tiñan y desfiguren las circunstancias; pero, lo que habrá de invariable en su raíz es esta visión, este vivir a la nación como tarea que, a veces, por impracticable o imposible se convierte en un dolor y que, en otras, al marchar sobre los firmes carriles de la unidad nacional, se transforma en júbilo, en fe, en mística colectiva y en fecundidad creadora.

En suma, sentir a la nación, aquí y ahora mismo, como una tarea colectiva, en la que se está comprometido de un modo insoslayable y que ha de hacerse en común, comunitaria, participativamente, con todo lo que tiene de perentorio esta palabra, es ser nacionalista.

Por eso, no se puede ser nacionalista y ser espectador.

Por eso es que se sostiene que el nacionalismo, más que una doctrina, es una actitud, una forma de conducta, un estilo de vida.

UNA TAREA PARA TODOS

Puesto que la nación es una tarea, un proyecto, un algo que tenemos que hacer solidariamente, entre todos, para el nacionalismo no cabe imaginar la sociedad como un mero contrato en el que tú y yo, éste y

aquél, no tengamos otro compromiso que el de tolerarnos, soportarnos y competir por la expansión de nuestras individuales suertes, sin otra ley ni otra medida que la que impongan la supremacía de las fuerzas de cada cual. Menos aún la sociedad puede ser el campo de ejercicios para la instauración de la dictadura de una clase, de una élite o de una ideología. Muy por el contrario, tú y yo, éste y aquél, nos pertenecemos todos a una comunidad nacional de la que no somos dueños, que se construye de generación en generación, y que, por lo mismo, nos impone una paridad simultánea de derechos y deberes, de facultades indelegables y de compromisos irrehuídos, a la vez que nos convoca a hacerla de consuno cada vez más justa, más próspera y más grande.

Ahora bien, Chile enfrenta como siempre, aquí y ahora mismo, una tarea. Responder con acierto a lo que ella nos demanda es a lo que aspira el nacionalismo hoy. De allí este breve ensayo crítico que, ciñéndose al desnudo análisis de nuestras más recientes experiencias, procura sentar las bases sustantivas de la unidad nacional.

¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?

UN POCO DE HISTORIA

No es posible sentar las bases para la unidad nacional de Chile de mañana, sin hacer una referencia a nuestra realidad de hoy y a los acontecimientos más inmediatos, precursores de la actual coyuntura.

En décadas pasadas, para muchos de los hombres de nuestra generación, Chile fue como un sordo dolor en el costado. Nos dolía Chile. Nos disgustaba. No queremos ser injustos condenando el reciente pasado a troche y moche, propensión en que la parcialidad suele caer y hasta encenagarse. Queremos decir que Chile nos parecía insuficiente.

El horizonte patrio se había empequeñecido hasta no ser capaz de dar cabida a las fuerzas de redención y renovación que bullían en su seno. Bajo la corteza formal de las instituciones del Estado, terriblemente desgastadas por la perpetuación de malos hábitos, en lo hondo de la conciencia del país germinaba un anhelo radical de cambios, el ansia de volver a ser colectivamente una tarea, la voluntad de crear una sociedad

más eficiente, más dinámica y, sobre todo, una sociedad más justa.

Pero eso no era todo. Nos penaba, por añadidura, el remordimiento de una tradición de reciedumbre, sobriedad y grandeza, cuyo vuelo no habíamos tenido el coraje de conservar y a la que sólo podría restituirnos un Estado rector, impersonal y fuerte.

A la toma de conciencia de esta realidad es a la que en aquél entonces llamábamos "nacionalismo".

Que el anhelo era real lo prueba el hecho de que todos los partidos políticos de esa época, al menos los partidos de masas, más sensibles para detectar la voluntad multitudinaria, conjugaron con estrépito la revolución, si no en sus realizaciones, al menos en sus programas. El que fracasaran en tal intento no niega la autenticidad del anhelo, sino que prueba hasta qué punto las capas dirigentes de la civilidad se habían divorciado del país y le eran extranjeras. La unidad nacional no se logró. No se logró el consenso. Rodamos de parodia en parodia, fingiendo una renovación farsesca, donde aquellos que perseguían con sinceridad un ideal fueron superados y avasallados por el espíritu de los tiempos, por la viciosa conformación que ese espíritu había instituído, encharcada, pacata, invencible como el peso de la noche.

Por eso mismo, en cuanto a lo que como civilidad nos toca, los hombres de nuestra generación, nacionalistas o no, fuimos hasta ayer miembros de una generación frustrada, que no supo o no pudo construir el Chile que quería.

LOS SINTOMAS

Ya en 1969 era obvio que las capas dirigentes civiles del país, cualquiera que fuese su origen o facción, habían desertado de su rol conductor. Los acontecimientos las habían superado y el país se desbocaba sin rienda. Hay que reconocer que en vísperas del "Tacnazo", sólo quedaban en pie los fantasmas de la vieja institucionalidad, bambalinas de mera apariencia que no despertaban adhesión, no inspiraban respeto y ni siquiera acaso temor reverencial. Ese día del "Tacnazo", a las 2 de la tarde, el gobierno no tenía más fuerzas capaces de sostenerlo que los camiones de la basura. Si no cayó fue simplemente porque las F.F.A.A. no deseaban ni consideraban función suya interferir en la cosa pública. Tocaba todavía a los civiles cocerse en la salsa que por su propio gusto habían condimentado.

Pero un gran desgarramiento parecía avecinarse inevitablemente. Era cuestión de tiempo. Aunque el resultado de las elecciones presidenciales de 1970 hubiera sido otro, el desenlace apenas se habría pospuesto.

Pensamos que Chile tuvo buena suerte, ya que las cosas ocurrieron como debían ocurrir, sin casuales ni inútiles dilaciones. Había que despejar una última incógnita, probar una última alternativa. Tras la fracasada "revolución en libertad", el país tenía derecho a constatar si la vía pacífica hacia el socialismo era un camino o no. Si en esa ala de las capas dirigentes, casi desbordada hacia la izquierda, había aún capacidad de

conducción, había mérito, había la dignidad siempre respetable de un ejemplo, o si ella, para su desgracia, como las otras estaba también ciega y era desertora.

La respuesta la conocemos y la vivimos todos minuciosamente.

Es más, se puede sostener que en quienes quedó más clara y desahució más ilusiones fue en aquellos que la vivieron desde el interior de la Unidad Popular.

En todo caso, para unos y otros constituyó el postrer trago amargo del fondo de una copa.

El 11 de septiembre, cuando las F.F.A.A. tomaron a su cargo el peso de una responsabilidad al que las capas dirigentes civiles habían renunciado ostensiblemente, el país agonizaba hecho trizas.

Seamos francos para reconocer que si bien esa destrucción, en lo material y en la virulencia de los odios corre por cuenta de la UP., tendríamos que remontarnos muy atrás para fijar su verdadero origen.

Nuestra patria había sido ya antes craquelada por la deshonestidad de otros ejemplos, donde competían la incuria, la obcecación partidista, el derroche fiscal, la demagogia y el sostenido castrar de los destinos nacionales, con cargo a responsables muy variados.

El marxismo no necesitó más que hincar su ponzoña con efecto de palanca en el resquemor de esas grietas y fisuras purulentas.

EL PRONUNCIAMIENTO MILITAR

Ahora bien, las F.F.A.A. no buscaron el presente griego que descargamos los civiles en sus manos. Muy por el contrario, hasta el último momento prestaron su concurso a cualquier formulación medianamente razonable para evitar el colapso, sirviendo a los últimos gobiernos con una fidelidad, una paciencia y un desinterés que éstos no hicieron nada por ganarse y que, a simple vista, no se merecieron.

Que esto haya sido así debemos atribuirlo a la hidalguía de nuestros soldados, a su profesionalismo y a su noble tradición institucional.

Fue Chile quién llamó a las F.F.A.A.. Fue la civilidad la que las colocó ante un insoslayable emplazamiento, hostigándolas hasta la majadería en sus cuarteles, tironeándolas de las mangas de sus casacas, arrojando puñados de maíz bajo sus puertas.

Se engañaban no obstante, y tal vez se engañan todavía, los que creyeron que la decisión final fue motivada por esos coqueteos o esas provocaciones imprudentes. La intervención de las F.F.A.A. el 11 de septiembre de 1973 fue un dictado severo del deber y no de otra cosa. Provino de una apreciación exacta de la magnitud de las heridas, ya irrecuperables, que el partidismo había inferido a nuestra patria.

La Unidad Popular era entonces sólo un pontón a la deriva, en que ninguna coherencia quedaba en pie y de la que huían los ratones, entregándola a los vientos, oleajes y naufragios. Llegado el momento de los quilubos, sus más vehementes líderes deshonraron ba-

jo los catres sus ardores o los hicieron invisibles en vergonzantes buhardillas, dejando a la orfandad de los fusiles, para pagar la cuenta, a un disperso puñado de ilusos o entusiastas.

EL ROL DE LAS F.F.A.A.

Ninguna contrición civil será capaz de pagar la obra que las F.A.A.A. han realizado en este interregno. Una mínima honestidad obliga a reconocer qué respondieron a ese tremendo, casi imposible desafío, con una rectitud, una devoción y una claridad de miras que han ido muchísimo más allá de lo que teníamos derecho a esperar de ellas o exigirles.

El más somero de los balances permite evidenciar que en su labor titánica las F.F.A.A. no se han limitado a barrer los escombros de esa inconmesurable destrucción, poniendo decoro y orden, cuarto a cuarto, en una casa que hasta en sus más subalternas dependencias se había prostituído. Como en otras encrucijadas igualmente dramáticas de nuestra historia, han tenido, además, la entereza de poner en marcha transformaciones y cambios largamente pospuestos por la lenidad cobarde de quiénes debían haberlos realizado y, a la vez, audacia y realismo para proponer a la ciudadanía un objetivo nacional coherente.

LA FRONDA

Esa misma honestidad obliga a reconocer también que las capas dirigentes civiles, que el día antes no habían sabido qué hacer con el país, y que tampoco habrían sabido qué hacer con él si se lo hubieran devuelto al día siguiente, abierta o solapadamente han sido en exceso precoces para regatear a las F.F.A.A. la tutoría de los destinos nacionales, demandándoles una restitución prematura que en ningún caso habrían estado —ni están aún hoy— en condiciones de asumir.

En efecto, el puente de unidad que las F.F. A.A. tendieron sobre el abismo en este interregno fecundo ha sido construído con la adhesión y la confianza de las mayorías silenciosas; pero, al mismo tiempo, —¡y esto también hay que decirlo!-- en medio de una atmósfera hostil, de recelo, de infundado desdén apenas encubierto o, cuando más, de condicionada tolerancia, por parte de las presuntas capas dirigentes civiles, las cuales muchas veces no han podido contener su impaciencia, ni siquiera a la vista del cerco de agresión exterior, o de las sombras que se agolpan en nuestras fronteras.

Es más, cabe afirmar que si el interregno militar se ha prolongado más de lo previsto o de lo que las propias F.F.A.A. hubieran deseado en un comienzo, ello se debe básicamente a que las capas dirigentes civiles, sean de oposición o de gobierno, no han logrado fraguar un punto de convergencia capaz de satisfacer a las mayorías silenciosas y, muy por el contrario, persisten en su fraccionamiento.

De tal actitud, tan corta de alas, brota el principal obstáculo para un reencuentro generoso de la civilidad responsable. Reencuentro que no puede hacerse sobre la arena de 1973, ni mucho menos de 1970, emporcadas ambas por los odios y las disenciones, sino sobre la arena limpia de mañana.

Y al decir esto, no nos referimos sólo a la llamada oposición política, feble y ucrónica, que refugia su cegata mezquindad al amparo de algunas condescendencias clericales, sino, preponderantemente, a ese clima de fronda entretejido por pretenciosos elitismos que se obstina en regatear a las F.F.A.A. su tarea y, ávido de heredarlas a la brevedad, con evidente menosprecio de las mayorías nacionales, se ha empeñado en construir en torno a ellas un vacío político, renegando de la madurez cívica del pueblo chileno.

Pero el 11 de septiembre no se hizo para satisfacer a una élite, ni para entregarle, por inesperada coyuntura, el goce de poder del que su incompetencia la había privado en una larga sucesión de bochornosas jornadas. Se hizo en busca de un consenso nacional muchísimo más ancho, asentando en las bases mismas de la comunidad de los chilenos, y al que sólo un nuevo tejido social que nos reuna puede dar permanencia.

No es rehuyendo el contacto con la base social, no es ignorándolas, no es desmantelando sistemáticamente las organizaciones naturales en que esa base social se cobija, hasta reducirlas a la impotencia, como daremos nueva vida al tejido social. Y esta no es responsabilidad de las F.F.A.A., que ya harto han hecho; no es siquiera responsabilidad del Jefe del Estado. Es

función que obliga a los civiles, a todos los civiles, y con mayor razón a aquellos que se arrogan su representatividad.

El futuro de Chile no podrá construirse en el vacío.

EL MAL EJEMPLO

Pero todavía hay que decir algo más. Precisamente por el vacío político hostil, receloso, o sordamente condicionado, que los espíritus de capilla han venido cultivando en este interregno, al alero de una recuperación económica que era indispensable, y que no admitía otras variantes, penetró en los estratos conductores de la civilidad oficialista una corriente de frívola ostentación y exitismo, inmediatista, absolutamente extraña al carácter de la raza, que con su ramplonería a ratos terminó por espantarnos y a ratos por exasperarnos con su desapego de chicharras.

Para los espíritus banales que flotaban en esa corriente, la acelerada recuperación económica nacional fue como un vértigo que los sacó de quicio. Se comportaron como si la tarea de Chile estuviera ya cumplida y se hubiera hecho para su exclusivo solaz. Los sacrificios de la reconstrucción nacional, la sangre y los sufrimientos que había de por medio, la tensión exterior que nos apremiaba —y que todavía hoy nos apremia, cargada con apenas embotados puñales— el centenar de miles de trabajadores del PEM., el muy

alto índice de cesantía que nos seguía crucificando aún en los instantes de máximo esplendor consumista en torno a 1980, la inmensa montaña de trabajo comunitario que todavía quedaba por delante, y el noble afán de restituir a Chile la plenitud de su grandeza, fueron para ellos desdeñables fruslerías, minucias incapaces de enturbiar su fruición por los consumos, ni de abochornar la demasía de sus pretensiones de ganar dinero fácil a manos llenas y a un ritmo insaciable.

Mareados por un éxito de suyo engañador, también de suyo precario, esos espíritus banales fueron sordos y ciegos para entender que en 1980 nuestro destino era todavía terriblemente vulnerable y que la hora que se vivía era todavía hora de vigilia y de sudor, de generosidad y devoción, de abnegación y sobriedad, y no era una hora de holganza, hartura y egoísmo.

Peor que eso. Este espíritu banal, de siútica superficialidad, pervertidor del auténtico sentido de Liberación Nacional, tendió a concentrarse en la antesala de los centros vitales de decisión, y su deplorable ejemplo, por venir de tan alto, contribuyó de un modo absolutamente innecesario, gratuito a la vez que funesto, a agriar la convivencia civil.

LOS CHICAGO BOYS

Personeros tal vez muy respetables en la esfera de sus aptitudes técnicas privadas, que hasta ese momento no habían tenido nunca ocasión de mediar o dirimir en la suerte del país, embriagados por el vértigo de su inmaturidad, obcecados por el doctrinarismo más intransigente, ricos en teorías pero pobres en experiencias, administraron a su amaño la suerte del país con cierta libresca sanfazón en que parecía oirse la frase: " después de mí, el diluvio", y en que se oyó también decir: " ¡Cómanse las vacas!".

Parece inútil señalar que de esa atmósfera enclaustrada quedaron excluídas y proscritas las mayorías nacionales, el inmenso entorno de la civilidad que el elitismo se había encargado de dispensar y que a toda costa deseaba conservar interdicto. Gremios, sindicatos, colegios profesionales, agricultores, industriales, mineros, comerciantes, trabajadores, estaban conceptuados como niños, susceptibles de escolaridad, pero a los que no se debe escuchar ni, mucho menos, dar participación en las decisiones. Para poner atajo a cualquier solicitud despistada o impertinente bastaba con cerrarles la ventanilla. Se suponía que no harían falta. Se esperaba que se mantendrían entretenidos, absortos, acaso estupefactos, ante la marejada de chucherías provenientes de Taiwan y Hong-Kong que el consumismo ponía a su alcance a troche y moche. El país podría endeudarse indefinidamente hasta alcanzar un nivel de bienestar en que la participación dejaría de ser tema de interés para la gente. Entonces, las "masas"

estarían maduras para la democracia. Antes, no. Esta era la tesis.

El éxito puede justificarlo todo. Por fortuna o por desgracia (sólo la historia podrá indicarnos qué era preferible) no fue así. La súbita recesión mundial desmoronó el castillo de naipes financiero con que esta versión exacerbada del pensamiento neo-liberal pretendió llenar el vacío político.

Sin embargo, nadie osará sostener que no fueron advertidos. En abril de 1981, el estrépito de las vigas de CRAV., al desvencijarse, anunciaban la proximidad de un desplome. Por si esto fuera poco, ya antes, la Financiera "La Familia" nos había brindado una sinopsis de lo que podría se esto, con cargo a las mejores estrellas del elitismo. Sucedió lo que tenía que ocurrir. De pronto, el país tomó conciencia de que había sustituído la convocada reconstrucción nacional por una inconmesurable importación de chatarra y por un bosque de chimeneas de papel.

¡Que no se diga tampoco que el modelo estaba errado! El error estuvo en el libertinaje. El error estuvo en suponer que ese modelo podía operar con un "Estado ausente". El error estuvo en creer que puede haber libertad sin disciplina e iniciativa privada sin planificación. El error estuvo en olvidarse que somos una comunidad nacional, donde cada cual tiene su sitio en la tarea, y donde aquel que actúa a su solo arbitrio, o a su capricho, abusa de la libertad, la traiciona y desbarranca. El error estuvo en el vergonzante, impúdico, repulsivo ejemplo que en el mal uso de esa libertad dieron aquellos que tenían una responsabilidad

más alta y un rol más decisivo en las esferas de las finanzas privadas.

LOS PECADOS CONTRA LA UNIDAD

Muy ganosos podemos estar en la búsqueda de la unidad nacional, pero no podemos dejar de denunciar que en estas conductas despreciables hubo un cuádruple pecado. Primero, un pecado de menosprecio a la madurez del pueblo chileno, al supeditar el orden político al orden económico, con la mil veces desmentida teoría de que a los pueblos, llenándoles la barriga, se les sacia el corazón. El 11 de septiembre no se hizo para importar televisores, para que todos tuviéramos papel higiénico de doble tissue o nos bañáramos en whisky. Se hizo para mucho más. Se hizo para crear un nuevo orden institucional de más auténtica participación democrática y, sobre todo, para construir una sociedad más justa.

Segundo, un pecado de temeraria soberbia, al socavar el prestigio y la fe en un modelo que nos sigue siendo indispensable, no sólo por la porfía de aplicarlo en términos de caricatura que convirtieron el principio de subsidiariedad en una burla y en un sarcasmo la economía **social** de mercado, sino por la obstinación en descartar el menor ajuste cuando los síntomas de la recesión mundial se hacían evidentes. La deshonestidad semántica, el malabarismo intelectual, el des-

parpajo para manipular los más peregrinos argumentos, despreocupadamente declamados por algunos de los promotores de ese modelo, le han inferido daños casi irreparables, restándole sin motivo poder de convicción y devolviendo incluso al socialismo marxista la aparente vigencia que con justicia había perdido.

Tercero, un pecado de inconmesurable derroche al inmolar nuestra infraestructura productiva en aras del rigor técnico. El desolador cuadro de desmantelamiento que hoy se ofrece a la vista, mientras nuestras mejores maquinarias e instalaciones industriales emigran a Centroamérica o el Perú, flanqueadas por la ignominia de las banderas de remate, ilustra con claridad sus consecuencias.

Y por si fuera poco, un pecado de impiedad al cargar sobre los hombros de los trabajadores durante ya casi un decenio, el terrible peso de la cesantía y el de todas sus penurias anexas. Si sobre esto hubiera duda, baste un ejemplo: con una crisis económica en la puerta, cerrar los Tribunales del Trabajo fue una exhibición de cómo el tecnicismo dispara sus tiros por la culata cuando convierte la eficiencia en manía. Por cierto, hay muchas otras.

La recesión mundial, que debió encontrarnos alertas, listos para salirle al paso, férreamente unidos, con las mangas arremangadas en torno a la tarea de la comunidad nacional, nos sorprendió así dispersos, olvidados de lo realmente importante que había que hacer boquiabiertos ante los escaparates de las tiendas abarrotadas de bisutería o con la jaqueca viva de la farra de consumismo que nos estábamos pegando.

LA DERECHA GREMIALISTA

No tendría importancia determinar quiénes tuvieron más o menos culpa en estos descalabros, fruto de la trivialidad y la indisciplina, de no ser porque esos mismos espíritus banales, elitistas, prendidos como niguas a las antesalas de los centros de decisión y a las tetas de la "subsidiariedad", al ver esfumarse sus fantasiosas espectativas, han tenido la desfachatez de efectuar un giro de ciento ochenta grados, pretendiendo dar a la crisis económica que ellos gestaron con su terquedad, los visos de una crisis política, lo que descarga sobre las F.F.A.A. la responsabilidad de las políticas sectoriales que ellos mismos se empeñaron en proponer, ejecutar y cosechar a doble banda.

Al oirlos quejarse hoy del "inmovilismo" del régimen y de la falta de "diálogo", cualquiera creería que nunca tuvieron nada que ver en este gobierno, que sólo han sido observadores, pero jamás actores, y que no han tenido la menor ingerencia en la cosa pública durante todo el decenio. Resulta pasmoso que los mismos que acuñaron el aforismo "¡Cómanse las vacas!" y aplicaron sin decirlo el de "¡Cómanse los sindicatos!", "¡Cómanse los colegios profesionales!", "¡Cómanse la democracia de base!", "¡Cómanse la participación!", ahora griten "¡a los botes!" y elucubren maniobras de desembarco del calendario institucional y hasta de la propia Constitución.

Para que los civiles podamos entendernos es necesario despejar estos equívocos. Como nacionalistas, trazamos un distingo tajantemente claro entre las

F.F.A.A. y civilidad, entre régimen y gobierno, entre modelo e implementación. A las F.F.A.A. y al Jefe del Estado les debemos lealtad y gratitud, así como resuelta adhesión a los Principios y metas por ellos propuestos; pero, a los grupúsculos elitistas civiles que se posesionaron de las antesalas de los centros de decisión y que desde ellos erigieron un muro de aislamiento e incomunicación, entrelazado de intereses financieros y erizado de exclusivismos discriminatorios, marginando de la tarea nacional a las mayorías silenciosas, pensamos que el país no les debe nada y tiene, por cierto, mucho que cobrarles. Esta es la verdad.

SIGNIFICADO DEL 11 DE SEPTIEMBRE

A lo largo de este decenio, gracias a la acción del Jefe del Estado y a la cohesión inquebrantable de las F.F.A.A. se ha llevado a cabo una obra gigante de reordenamiento, pero resta todavía una inmensa tarea por hacer. Esta tarea no podrá cumplirse sin un retorno de la civilidad al espíritu inspirador del 11 de Septiembre.

El Pronunciamiento Militar no es un hecho aislado en la historia de Chile. Fue el desenlace necesario, inevitable, de un prolongado proceso de descomposición y empequeñecimiento, de insatisfacción y frustración, al que la civilidad por sí misma no había sido capaz de dar salida. Chile venía buscando un reencuentro con su destino, roto en 1891 al desgarrarse la institucionalidad portaliana. Las grandes marejadas populares de 1920, 1938 y 1952, fruto del puro instinto, no lograron acertar con la respuesta adecuada a este anhelo del alma nacional y, pésimamente administradas, se frustraron. Tampoco pudieron hacerlo los intentos militares de 1924 y 1927, agotados en una atmósfera de incomprensión y odiosidad por parte de las capas dirigentes civiles. Más tarde, el carrusel partidista, perdido ya cualquier control, lo llevó a jugarse cada seis años la suerte en una ruleta rusa, culminando en aquel experimento alienante de la Unidad Popular.

Luego de una serie de ensayos cada vez más suicidas, al borde mismo de la guerra civil, el 11 de Septiembre de 1973, el país tomó conciencia de que era indispensable no sólo una tregua, un interregno, sino sobre todo un cambio sustantivo en las conductas ciudadanas. De allí el fervor de su acogida. De allí la gesta admirable de la reconstrucción nacional.

Si hay algo de condenable en las mentalidades elitistas que nos han divorciado, no es tanto su frivolidad y su sectarismo, como el habernos desviado de este camino de rectificación, haciendo imposible la unidad nacional entre los civiles.

TODOS ESTAMOS CONVOCADOS

Por eso, tras la frustrada incursión neoliberal que nos descarriló del verdadero rumbo, urge reagrupar a las fuerzas vivas de la ciudadanía e integrarlas participativamente en el quehacer nacional, de tal modo que régimen, gobierno y mayorías silenciosas configuren un solo haz de homogénea voluntad colectiva. Sólo así será posible responder al desafío durísimo de la reactivación económica y, sobre todo, consolidar la convivencia democrática en torno a la Constitución con los rasgos vigorosos de un Estado en forma.

En suma, puesto que vemos a la nación como tarea, pensamos que ningún sector de la comunidad puede quedar marginado de ponerle el hombro y que es imprescindible desterrar para siempre los criterios de exclusivismo, sectarismo y elitismo que nos han dividido, sustituyéndolos por un actuar responsable donde las sociedades intermedias, todos los chilenos, trabajadores y empresarios, profesionales y vecinos, mujeres y estudiantes, tengan voz, tengan un rol y no queden interdictos.

Es con tal fin que sentamos aquí las bases de lo que creemos ha de ser la unidad nacional de los chilenos.

¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?

Es esta la pregunta que con mayor frecuencia se formula a quién se define como "nacionalista". Suele confundirse el nacionalismo con el patriotismo o con el amor a Chile. Alguien ha dicho y con razón que se puede amar a Chile sin ser nacionalista, pero no se puede ser nacionalista sin amar a Chile. En estas líneas nos proponemos definir, con trazos gruesos, muy en general, qué es el nacionalismo hoy. Cada uno de los conceptos que expresaremos está respaldado por una larga reflexión y por un acopio de antecedentes históricos. Todos ellos concurren a reafirmar el análisis del cual surge este ideario que hunde sus raíces en la idiosincracia propia de nuestro pueblo y se nutre de las experiencias que hemos vivido.

Desde luego, es discutible el carácter doctrinario del nacionalismo. Ello como consecuencia de que el objetivo fundamental que se propone alcanzar es la construcción de la UNIDAD NACIONAL, sin la cual la patria se fracciona y sus valores se desdibujan. Para lograr este objetivo supremo los caminos son múlti-

ples y esencialmente variables. Su consecución depende, por lo tanto, de la evolución y las características de cada época. No hay dogmas ni verdades absolutas que debamos acatar. Lo que en un instante determinado pueda facilitar la Unidad Nacional, en otro instante puede perjudicarla. De allí el sentido pragmático del nacionalismo en lo concerniente a los instrumentos de que se vale. Lo permanente es la necesidad de afirmar los grandes pilares de la nacionalidad: su tradición histórica, la cohesión de su pueblo, la integridad de su territorio, la protección de su cultura y la identidad de los valores espirituales que se han ido forjando a través del tiempo.

Chile es una unidad que se proyecta en lo universal con caracteres propios. No escapamos, por cierto, de las leyes que gobiernan el desarrollo histórico ni a los fenómenos cíclicos que condicionan el destino de la HUMANIDAD. Pero nuestro comportamiento es diferente. Nuestros desafíos sociales, geográficos, culturales, económicos y políticos no pueden ser resueltos con fórmulas que surgieron de otra realidad, a la luz de otros problemas. El territorio, el pueblo y la identidad espiritual de Chile tienen un sello particular que nos caracteriza con rasgos positivos y negativos. No somos mejores ni peores que las demás naciones, pero somos diferentes a ellas.

Entre las debilidades más ostensibles de las clases dirigentes, desde los albores de la independencia patria, debe mencionarse la falta de imaginación de que han hecho gala gobernantes y legisladores. Ante cada desafío reclamamos una experiencia externa que ava-

le la factibilidad del proyecto que se propone. Muchas instituciones han sido burdamente copiadas del extranjero, sin reparar en que la falta de adaptación a nuestra realidad las condena irremediablemente al más estruendoso fracaso. Así sucedió, por ejemplo, con la experiencia federalista de Infante o la Comuna Autonóma de Irarrázabal o los sistemas electorales que hemos copiado de países extraños con otra mentalidad y otras costumbres. A las capas dirigentes les ha faltado imaginación y, por ende, originalidad, para captar y encauzar nuestras inquietudes y hábitos sociales. Ahora mismo, en las postrimerías del siglo XX, seguimos mirando a naciones europeas como arquetipos de perfección y procuramos asimilar sus instituciones y su legislación menospreciando nuestra idiosincracia.

De esta innegable verdad se desprende una conclusión inmediata: **Chile no debe someterse a esquemas foráneos, cualquiera que sea el éxito que éstos hayan conseguido en otras latitudes.** Las grandes concepciones ideológicas, acuñadas en el viejo mundo, constituyeron siempre corrientes disociadoras entre nosotros, mal e inoportunamente divulgadas y peor asimiladas por los sectores ilustrados. La experiencia de 170 años de vida independiente demuestra que las obras más sólidas son aquellas que se inspiraron en nuestra propia realidad, prescindiendo de pautas y esquemas extranjerizantes. La obra institucional de Diego Portales logró perdurar casi un siglo gracias a que armonizó los factores sociológicos y sicológicos de la raza chilena cuando aquellos recién emergían

con rasgos definidos. Mientras el resto de América se debatía en la anarquía Chile progresaba ordenadamente, atajando, de tiempo en tiempo, los rebrotes subversivos, uno de los cuales costó la vida al propio Portales.

Uno de los vicios más execrables de la "fronda" ha sido su apego servil a los modelos y las directrices extranjeras. El internacionalismo —y todas sus amplias ramificaciones contemporáneas—, en la medida en que interfiere la evolución de Chile, va desafiando la idiosincrasia nacional e imponiéndonos normas e instituciones que no interpretan la forma peculiar de ser de los chilenos. Por desgracia, las interferencias del internacionalismo son cada día más agresivas y, por lo mismo, más grave el peligro a que nos hallamos expuestos. La incompatibilidad entre la idiosincrasia nacional y las instituciones importadas desde el exterior, conduce, fatalmente, a un choque frontal. Este fenómeno explica la mayor parte de los conflictos socioeconómicos del pasado. Recuérdese, por ejemplo, los conflictos que planteó en Chile la experiencia parlamentarista a la que se llegó sin siquiera modificar la Constitución presidencialista de 1833, o la tolerancia con que admitió la participación de colectividades dirigidas por potencias externas, como sucedió con el comunismo soviético. No se confunda esta posición con un estúpido chauvinismo o una xenofobia propia de temperamentos destemplados. ROTUNDAMENTE NO. Lo único que se pretende es salvaguardar los caracteres de la nacionalidad y darles la debida interpretación en las leyes, las instituciones y las expresiones

culturales que arrancan de la raíz de Chile: su pueblo.

I. UN PRINCIPIO FUNDAMENTAL: LA UNIDAD NACIONAL

Es un hecho históricamente demostrado que Chile ha podido superar las peores dificultades y vicisitudes cuando ha conseguido promover y conquistar la UNIDAD NACIONAL. Ella se expresa en la voluntad colectiva que, mancomunadamente, emprende grandes desafíos, llevando a su máximo esplendor la capacidad realizadora de nuestra raza. Así ocurrió con la lucha por la independencia (iniciada por un reducido grupo el cual fue creciendo a medida que los valores que nos identificaban se enraizaron en el espíritu del pueblo); con los esfuerzos destinados a consolidar la Independencia del Perú, con la guerra contra la Confederación Perú Boliviana; con la guerra del Pacífico y con la resistencia y sacudimiento de la dominación castro-comunista. Todos estos acontecimientos constituyen verdaderas epopeyas en que los objetivos superan largamente las potencialidades aparentes de nuestro pueblo. Otro tanto puede decirse, desde los albores del descubrimiento, sobre el castigo que hemos recibido de la naturaleza y de la resolución y fortaleza con que reiniciamos una y otra vez la reconstrucción de nuestras ciudades y nuestro suelo.

El "alma nacional", cuando se expresa en unidad

arrasa con todos los obstáculos y es capaz de movilizar las reservas espirituales del pueblo chileno hasta la plenitud de sus fuerzas. En cambio, perdida esa unidad el país entero parece adormecerse, arrastrándonos a la decadencia y decrepitud moral. El chileno, quizás si por el influjo de sus ancestros, necesita de motivaciones poderosas, de una mística que lo haga reaccionar con entusiasmo, en suma, de darle una proyección trascendental a su vida como pueblo.

La unidad nacional no se logrará jamás por el solo expediente de ofrecer a la población un alto nivel de vida o dotándola de una organización social que le asegure la paz y el orden público. Se requiere de muchísimo más que eso. De aquí que el nacionalismo emerja con vigor en los períodos de mayor peligro y dificultad, cuando los cimientos del Estado se debilitan o cuando los enemigos amenazan con aplastarnos. Entonces, casi por efecto reflejo, despierta el alma nacional y al "peso de la noche" —como decía Portales— sigue el entusiasmo explosivo del amanecer.

La llave maestra para hacer de este país una Nación grande y poderosa es la UNIDAD NACIONAL. No la que se conquista a nivel de las cúpulas sociales, políticas o intelectuales, sino de aquella que emana de la voluntad colectiva de Chile y que se manifiesta a través de todos los cauces de auténtica expresión popular.

Hacer de Chile una nación grande, justa y libre debería ser la sugestión que despertara el alma nacional, provocando la UNIDAD que reclamamos. Pero mientras no se dé a nuestros compatriotas un concepto

preciso de lo que entendemos por grandeza, justicia y libertad, este anhelo quedará reducido a un simple rodar de palabras altisonantes, sin fuerza ni atracción. De allí la necesidad de desarrollar con mayor rigor este esquema que no pretende más que marcar hitos generales, susceptibles de perfeccionarse a medida que estos planteamientos vayan abriéndose camino.

II. FACTORES QUE GENERAN LA UNIDAD NACIONAL

El nacionalismo, de acuerdo a lo expresado, pone acento en el estímulo de los factores que promueven y generan la unidad nacional.

A juicio nuestro, en este momento, dada la evolución política y social por la cual atravesamos, los elementos determinantes para conseguir aquella unidad son los siguientes:

1. **Crear un sistema que ofrezca a todos los hijos de esta tierra iguales oportunidades.** Jamás haremos de Chile una nación unida si no igualamos las oportunidades de todos y de cada uno de nosotros en lo concerniente a las expectativas económicas, a los recursos educacionales y al derecho a participar en el ámbito político. La subsistencia de castas privilegiadas en el campo económico será siempre un factor de pugna y desintegración social. La concentración de los recursos educacionales en una élite determinará, poste-

riormente, un irreconciliable distanciamiento entre chilenos cultos y chilenos incultos. El predominio de unos sobre otros en el manejo del Estado determinará la sumisión de los marginados. No se trata de alcanzar una falsa y utópica igualdad. Todos los hombres —como todas las naciones— somos distintos. Pero las desigualdades —que favorecen a unos y desmedran a otros— no deben derivar de un designio fatal impuesto por el destino. Ellas sólo son legítimas en cuanto tengan como antecedente el esfuerzo individual, el mérito, la dedicación al trabajo y la capacidad creadora de cada cual.

La igualdad de oportunidades debe manifestarse en una efectiva **movilidad social**. Esta se expresa por la posibilidad de recorrer los diversos estratos socioeconómicos en uno u otro sentido. Tan legítimo nos parece que el más modesto pueda escalar las más elevadas posiciones, como que el más favorecido pueda descender en la medida de su incapacidad y falta de constancia. La historia está llena de ejemplos que clarifican esta movilidad, pero en lo tocante al ascenso en la escala social hay que reconocer que hoy, en el sistema social chileno imperante, ello es cada día menos probable. Parece difícil reeditar entre nosotros el ejemplo de un Manuel Montt en el campo político o de un Urmeneta en el campo empresarial. La rigidez o el estancamiento del sistema —que impiden romper la inercia social— son una manifestación evidente de que no existe igualdad de oportunidades y de que unos nacen con el signo del éxito y otros del fracaso. Esta inercia debe romperse como punto de partida para lo-

grar una verdadera unidad nacional.

2. **Erradicación de la extrema pobreza**. La existencia de focos de extrema pobreza es una lacra que constituye una negación de los derechos fundamentales del individuo. Recuérdese que al término de los gobiernos políticos un 20% de los chilenos vivían en la más abyecta miseria y que este porcentaje de la población gravitaba poderosamente en el régimen institucional. Suministrar a todos los chilenos aquello indispensable para subsistir dignamente debe ser preocupación prioritaria y preferente del Estado, sin perjuicio de su facultad para exigir de los favorecidos un esfuerzo equivalente a este beneficio. El Estado no puede desentenderse de esta realidad. Su misión no puede tampoco confundirse con un paternalismo que, a pretexto de auxiliar al necesitado, subyuga en otros campos su libertad o coarta la iniciativa privada.

3. **Sistema de auténtica participación en las funciones y la marcha del Estado**. No parece posible en este fin de siglo alcanzar la Unidad Nacional sin incorporar efectivamente a la ciudadanía en la marcha y funcionamiento del Estado. En mayor o menor grado, con influencia tenue o determinante, nadie debe ser marginado de los instrumentos que consagra la ley para recoger la participación de la ciudadanía. Los cuerpos sociales intermedios no pueden concebirse aisladamente. Todos ellos deben integrar una red o tejido social, cuya proyección culmina con la gestación de los poderes políticos de cúpula. La mejor garantía para consolidar la continuidad del sistema político es la verdadera participación de la comunidad en el mismo.

En caso inverso, se produce un divorcio entre el mundo político y el mundo real, lo cual generaliza el desinterés en la gestión pública y, por consiguiente, el empobrecimiento del orden institucional.

III. FACTORES QUE GENERAN LA DIVISION NACIONAL

Son numerosísimos los factores que provocan la división nacional. Sin pretender abarcarlos a todos y con el ánimo de sistematizarlos podemos señalar los que, a nuestro juicio, influyen preponderamente.

1. **La lucha de clases.** Este fenómeno es, en nuestro tiempo, un precipitado histórico tan hondamente enraizado que no faltan quienes piensan que se trata de un hecho natural e inevitable. Sin embargo, no es así. La lucha de clases surge de las desigualdades económicas que, proyectadas a lo largo del tiempo, han configurado grandes conglomerados con niveles de educación, cultura y refinamiento absolutamente distintos. La dinámica social ha determinado que las diferencias aludidas se vayan profundizando, por un lado, y consolidándose, por el otro. En síntesis, la sociedad ha llegado a ser una superposición de clases que se expresan cotidianamente en una multitud de formas siempre conflictivas.

2. **La relación de producción capitalista.** Es incuestionable que mientras los detentadores del capital productivo (empresarios) sean compradores de fuerza

de trabajo, subsistirá inevitablemente el antagonismo entre capital y trabajo. Dos fuerzas que se implican y que sustentan el mismo fin están, sin embargo, organizadas de modo que se excluyen. La creación de la riqueza que debería ser fruto de la armónica participación de los factores productivos en la empresa, se realiza en un marco de pugna y contradicción de intereses. La cuestión es todavía más absurda si se tienen en consideración que el trabajo y el capital tienen un origen y un destino común. En efecto, el capital no es más que trabajo pretérito acumulado y, como tal, susceptible de medirse en relación con éste.

No puede desconocerse, tampoco, el hecho de que la tecnología haya revolucionado la relación de producción. Este factor cobra, día a día, mayor importancia y determina un entorno distinto dentro del cual deben jugar capital y trabajo, subordinados a leyes rigurosas que condicionan la productividad. Pero el esquema sigue siendo el mismo. Tecnología y capital tienden a confundirse, situación que no compensa la exigencia de una mayor calificación por parte del trabajo.

3. **El sistema político tradicional.** El sistema político adoptado en Occidente, que se expresa a través de grandes partidos ideológicos que compiten por el poder, no hace más que encubrir e interpretar los intereses sociales que predominan en cada uno de ellos. Los partidos de derecha se identifican con el dueño de los medios de producción; los de centro, con los profesionales y los burócratas públicos y privados; y los de izquierda, con la vanguardia más consciente de

la clase trabajadora. Una proporción mayoritaria queda al márgen de este esquema, oscilando entre una y otra opción, casi siempre atraída por la fuerza de las consignas o el magnetismo de los líderes de las distintas colectividades políticas. No es de extrañar, por lo mismo, que el denominado electorado —que se manifiesta en elecciones libres, secretas e informadas— experimente los más inexplicables vaivenes, siempre motivado por la fuerza de las promesas o la magia de los recursos verbales y propagandísticos.

4. **El marxismo internacional**. A partir de la segunda mitad del presente siglo, el marxismo-leninismo ha pasado a intervenir abierta y decisivamente en el proceso político chileno. Aprovechando la lucha de clases, las injusticias y tensiones que crea la relación capitalista de producción y el enfrentamiento social en que deviene la confrontación político partidista, esta corriente ideológica va infiltrando todas las actividades de la comunidad, sembrando una constante insatisfacción y proclamando un revanchismo que, fatalmente, termina por contaminar el alma de la nación. A la conquista del poder sigue el establecimiento de la "dictadura del proletariado", la tiranía más oprobiosa que pueda concebirse, la cual se sustenta en el Estado-policial, perfeccionado y exportado por la Unión Soviética.

5. **Imperialismo ideológico**. Directa o indirectamente, el marxismo ha conseguido crear, además, una serie de otros elementos que influyen y estimulan la división nacional. Así sucede con las grandes confederaciones laborales —algunas surgidas como respuesta a

los afanes hegemónicos del comunismo—, con las organizaciones internacionales que agrupan a las diversas corrientes ideológicas inspiradoras del partidismo liberal e, incluso, infiltrando y colocando a su servicio credos o confesiones religiosas. Todavía más, los organismos multinacionales, sensibles en extremo a la sorda lucha política que agita al mundo, son, no pocas veces, factores de antagonismo y enfrentamiento entre los Estados. Sus tribunas sirven para resaltar el divisionismo de las naciones y agitar sus conflictos internos.

IV. INTERDEPENDENCIA DE LOS FACTORES DE DIVISION

Los cinco factores de división nacional que hemos señalado se interrelacionan dinámicamente, duplicando su poder destructivo. Así sucede con la acción desquiciadora del marxismo que se aprovecha de las grandes organizaciones internacionales, o de la lucha de clases que se multiplica por efecto de la relación de producción, o del sistema político liberal condicionado por el imperialismo ideológico. De este modo, su influencia se entrecruza y aumenta ilimitadamente. Es más, cada factor de atomización nacional va generando nuevos subfactores que operan junto a los demás en un proceso casi interminable que culmina con el odio y el fraccionamiento del alma nacional.

Reconstituir la unidad nacional parece una empresa imposible en tanto subsista el enfrentamiento electoral fundado en la representación de partidos de clase, o en tanto se mantenga la rigidez de la relación capitalista de producción, o se permita la intervención descarada del marxismo en la vida de los chilenos, o el internacionalismo opere sin límites ni restricciones.

V. LAS METAS DEL NACIONALISMO

El nacionalismo procura enfrentar este complejo panorama con una estructura social, económica y política al servicio de la UNIDAD NACIONAL. **Sólo tendrá éxito en tanto sea capaz de promover una sugestión colectiva que renueve las instituciones y encauce a la ciudadanía hacia la consecución de grandes metas históricas.**

1. **ESTADO INTEGRADOR.** El Estado, vale decir, el orden jurídico y las instituciones en que se organiza y se desarrolla la convivencia social, debe estar al servicio de la UNIDAD NACIONAL. El Estado ha de ser una fuerza integradora cuyo objetivo básico e irrenunciable es la creación de los factores que generan aquella UNIDAD y la destrucción de los que la impiden. Pero simultáneamente, debe ser un custodio celoso de los valores nacionales por medio de los cuales se expresa el "alma de Chile". El Estado no puede estar al servicio de un partido, de una clase, de una

secta religiosa etc. A la inversa, debe ser un motor capaz de neutralizar todo agente atomizador de la unidad nacional.

2. **GOBIERNO DEMOCRATICO AUTORITARIO.** El Gobierno de Chile, dada la idiosincrasia de su pueblo, debe ejercer el principio de autoridad sin el menor renunciamiento. Cualquier vacilación a este respecto será el punto de partida de un desmoronamiento gradual que culminará, inevitablemente, en los peores desastres. Pero la autoridad sólo puede tener un título y éste debe emanar de la voluntad mayoritaria del pueblo chileno. Entre nosotros la autoridad no puede sustentarse sólo en la fuerza. En tal caso la rebelión social hará trizas la estructura del Estado y arrastrará al país a la anarquía. Pero tampoco la autoridad podrá sustentarse en el halago, la demagogia o el servilismo populachero. El país sabe, a ciencia cierta, que esta estrategia conduce a la desesperanza y la frustración colectiva que es, invariablemente, fuente de violencia y ruptura de la unidad nacional.

3. **DEMOCRACIA SOCIAL O NACIONALISTA.** Es democrático el sistema que organiza la vida social a través del Estado de Derecho; que genera a sus autoridades —ejecutivo y legislativo— por medio de la expresión mayoritaria de la ciudadanía y que consagra y hace respetar los derechos fundamentales de la persona humana. Excluida la lucha partidista como único instrumento para la generación del poder —puesto que ella envuelve la confrontación de las clases sociales— es necesario encontrar los intermediarios que permitan a las mayorías expresarse —tanto en lo relativo a

la elección de sus autoridades como para la elaboración de las leyes que rigen la vida social. La necesidad de permitir que todos se expresen sin odiosas exclusiones –que provienen incluso de la adhesión a ciertas ideologías– nos impulsa a sostener que son los **cuerpos sociales intermedios** los cauces más sensibles y apropiados para generar el poder político y dar vida a la ley. Dentro de la propia Constitución aprobada por el plebiscito de 1980 es posible organizar una democracia social o nacionalista –sin eliminar por la fuerza a los partidos políticos–, pero marginándolos del influjo determinante en la generación del poder. Esto en ningún caso significa la eliminación del sufragio universal inorgánico como suele creerse, tanto más cuanto que él se halla establecido en el texto constitucional vigente. Pero las elecciones no deben ser manipuladas, dirigidas o amañadas por colectividades que, en el fondo, representan a una ínfima fracción del electorado, no obstante lo cual monopolizan sin contrapeso alguno la generación y el ejercicio del poder.

Una revisión cuidadosa de la historia nos lleva a la conclusión de que, sin excepción, el sufragio universal ha sido manipulado a través del tiempo, haciendo ilusoria la existencia de una verdadera democracia. Desde 1833 hasta 1874, para ser precisos, el Presidente de la República ostentó el carácter de "GRAN ELECTOR", sea concediendo el derecho a sufragio a quienes se inscribían en los "batallones cívicos" (requisito indispensable para sufragar), sea mediante el reconocimiento de las condiciones que se exigían para votar (sufragio censitario). Desde 1874 a 1891, el Presiden-

te de la República se transformó en el "GRAN INTERVENTOR", manejando las elecciones a su amaño con el uso de la maquinaria administrativa del Gobierno. Desde 1891 hasta 1957 predominó el COHECHO, imponiendo la supremacía del dinero por sobre la verdadera voluntad ciudadana. Desde entonces y hasta 1973 imperó la DEMAGOGIA, arrastrando a las masas por medio de la promesa fácil y la consigna revolucionaria. En suma, jamás el pueblo ha manifestado su voluntad sin interferencia, presiones o engaños. La democracia, así concebida, ha sido una patraña y una mentira. Un escaso porcentaje de iniciados, que dominaba los partidos, obligaba a la masa ciudadana a sufragar por los candidatos que ellos seleccionaban en procesos oscuros y tortuosos. Elegidas las autoridades éstas quedaban subordinadas a directivas partidistas, que eran realmente quienes ejercían las funciones que correspondían a parlamentarios y presidentes. Así las cosas, el Estado era conducido por las cúpulas políticas en donde se radicaba efectivamente el poder.

La verdadera democracia, una democracia auténticamente participativa en la que cada ciudadano se integra y gravita responsablemente en las decisiones nacionales, en concordancia a su real mérito, su capacidad y su rol en la comunidad, ha sido hasta hoy mucho más una aspiración o una esperanza que una experiencia concreta.

El camino hacia esa democracia realmente participativa no pasa pues, como algunos creen, por un recodo de retorno a las ficciones jurídicas que la hicieron imposible en el pasado, ni por los vicios que –aún por

ficción— le llevaron al colapso.

Otra, mucho más imaginativa, más pragmática, más conteste con el carácter del chileno, ha de ser la ruta.

Conviene sobre esta materia precisar las opciones que se abren luego de la promulgación de la Constitución de 1980.

Desde luego, descartamos de plano la posibilidad que se restablezca el sistema antiguo (Constitución de 1925) que se caracterizó por permitir un pluralismo irrestricto, conferir a los partidos políticos el monopolio en la generación del poder e integrar el gobierno regional y municipal al esquema electoralista dominado por el partidismo. La nueva normativa constitucional, abre dos posibilidades de indiscutible sello democrático. La primera consiste en no innovar en lo relativo al poder político de cúpula, (Congreso Nacional y Presidencia de la República) y confiar a los cuerpos sociales intermedios el gobierno municipal y regional. La segunda consiste en asignar a los partidos, tanto en la cúpula como en la base, el rol de corrientes de opinion, privándolos de la facultad de controlar la generación del poder político. Para estos efectos la ley orgánica respectiva, además de las restricciones consagradas en el artículo 19 Nº 15 de la Constitución, debería encomendar a los Consejos de Desarrollo Comunal y Regional la función de designar a los candidatos a las elecciones populares, prohibir que los parlamentarios y el Presidente de la República estén durante su mandato subordinados a la disciplina partidista o ligados a sus directivas, proscribir a las colectividades que

formen parte de las grandes organizaciones internacionales y evitar los pactos electorales que, invariablemente, prostituyen la pureza programática que cada partido ofrece a la ciudadanía.

4. REDEFINICION DE LAS RELACIONES DE PRODUCCION. El proceso de formación de las clases sociales ha sido largo. Largo habrá de ser también el camino para deshacerlas. Pero, como bien dice un adagio chino, un viaje de mil leguas comienza con un paso.

La redefinición que planteamos debe concebirse por etapas. En un comienzo debe dotarse a los trabajadores de la facultad de conocer hasta en sus más insignificantes detalles la gestión de la empresa. Después, arbitrarse medios para que éstos tengan efectiva participación en las utilidades de ella y, finalmente, participación en la propiedad del capital. La intervención de los trabajadores en la marcha o dirección de la empresa es una cuestión puramente técnica, aceptable cuando contribuya a aumentar la eficiencia, repudiable en caso contrario. Lo fundamental es comprender que no puede el trabajador ser un mero vendedor de su fuerza de trabajo ni el empresario un mero comprador de la misma. El producto es el resultado de la combinación armónica de ambos factores productivos. Lo justo, entonces, es que su valor (la riqueza que crea el proceso productivo) se comparta entre ambos factores, en la proporción que corresponde. A este respecto es útil recordar que puede el trabajo y el capital ser reducido a una misma unidad y retribuir con "justicia matemática" lo que a cada cual aporta en el

producto final. Se trata de una cuestión que requiere una larga maduración y del rompimiento con una mentalidad tradicionalista incapaz de concebir relaciones de producción que superen la compraventa del esfuerzo laboral. A medida que el trabajador se vaya incorporando a la empresa, que el resultado de la gestión económica le afecte directamente y que comprenda que los beneficios son distribuídos con justicia, la lucha de clases —el primer agente de la división nacional— irá atenuándose hasta desaparecer. El reivindicacionismo laboral debe reemplazarse por la participación laboral.

5. **MODELO ECONOMICO MIXTO.** El modelo económico óptimo para la idiosincrasia del pueblo chileno debe basarse en la libre empresa. Pero la libertad económica sólo será útil si coexiste con un rígido control estatal. De lo contrario, se generalizan el abuso y los excesos liberticidas. De la misma manera, corresponde al Estado un rol protagónico en materias específicas. Desde luego, debe ser preocupación preferente y prioritaria del Estado la educación básica, media y universitaria, la extensión de los servicios de salud, la intermediación financiera, la protección y desarrollo de la infraestructura productiva, la continuidad y buen desempeño de las empresas de servicio público fundamentales, etc. Por otra parte, parece indispensable planificar el desarrollo económico poniendo el acento en el mejoramiento de la eficiencia, aprovechamiento de las ventajas comparativas y expansión de áreas de crecimiento industrial interno. La experiencia indica que liberar los recursos productivos, sin

ningún esfuerzo de planificación, arrastra, indefectiblemente, a situaciones catastróficas.

El modelo económico chileno debe dotar al Estado de poder suficiente para controlar la actividad privada, planificar ordenadamente la inversión de los recursos productivos y entregar a las empresas públicas tareas que, ya sea por incapacidad del sector privado o por su trascendencia estratégica, deben estar en manos del Estado.

UN NACIONALISMO DEFINIDO

En esta apretada síntesis explicamos qué es el nacionalismo. Ya es hora de frenar a los que diciéndose "nacionalistas" predican soluciones que se oponen a sus raíces más profundas. No es nacionalista el político liberal porque promueve el enfrentamiento de clases ni el ultracapitalista para quien el trabajador no tiene otro destino que vender su fuerza de trabajo o transformarse algún día en comprador del esfuerzo ajeno, ni el que cree en que las fuerzas que concurren al mercado son capaces de resolver todos los anhelos y necesidades del hombre. El nacionalismo, que no es extremista en el buen sentido de la palabra, rechaza tanto a la izquierda como a la derecha, puesto que ellas expresan intereses económicos antagónicos y excluyentes, y no tiene otro norte que engrandecer a CHILE forjando la UNIDAD NACIONAL.

LAS SOCIEDADES INTERMEDIAS

No es posible, sin embargo, cerrar estas páginas sin establecer un último postulado. Puesto que concebimos la nación como tarea, le corresponde en ella un papel preponderante a las sociedades intermedias. Son los organismos vivos de la comunidad, las organizaciones empresariales, de trabajadores, de productores, de profesionales, de vecinos, los que en esta tarea tienen algo serio, solvente, responsable que proponer y a los que primero ha de escucharse, tanto a nivel comunal, como regional y nacional. Por lo mismo, el nacionalismo ha de constituirse en la vanguardia de esas sociedades intermedias, en músculo, hueso, voluntad y pensamiento de su organización.

No se puede ser nacionalista y no tener, aquí y ahora mismo, un quehacer participativo en el sindicato, en la universidad, en las juntas de vecinos, en los organismos de la producción o el comercio, en los centros de madres o en cualquier otro punto, por humilde y modesto que sea, en el que la chilenidad activa expresivamente se reúna.

No estamos hablando de un movimiento y mucho menos de un partido. ¡Ya habrá tiempo de crearlos si las circunstancias lo requieren! Estamos hablando de participar con el espíritu alerta y la mente abierta en la configuración de un nuevo tejido social que aúne generosamente a los chilenos y no que los separe, y que sobreponga a cualquier otro mezquino interés, otro objeto u otra pasión doctrinal, el interés supremo de la patria.

SIGNIFICADO DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Es necesario dejar establecido que al 11 de septiembre de 1973 no llegamos por obra del acaso. El sistema político chileno se fue erosionando paulatinamente hasta desplomarse en forma estrepitosa con el entusiasmo de la inmensa mayoría ciudadana.

Se equivocan quienes piensan que el marxismo accedió al poder prevaliéndose de circunstancias ocasionales. Fue el modelo político, instituído en la Constitución de 1925, el que hizo crisis. Su agotamiento se advertía con nitidez desde hacía muchos años.

Entre 1964 y 1970 fuímos perdiendo, una a una, las grandes bases en que se sustenta la nacionalidad. Primero, fue la Universidad– arrastrada a un proceso de reforma que terminó con su tradicional excelencia académica–; luego, los Tribunales de Justicia –obligados a realizar una huelga judicial para evitar la destrucción de sus escalafones–, enseguida, la Iglesia–, convulsionada por un movimiento pro-marxista de cristianos por el socialismo–; para finalmente, culminar con un levantamiento militar –el Tacnazo– cuyo

único móvil fue reclamar para las Fuerzas Armadas y de Orden los elementos mínimos que permitieran asegurar la soberanía interior y exterior de Chile.

Cuando en un país, sucesivamente, hace crisis la Universidad, los Tribunales, la Iglesia y las Fuerzas Armadas y de Orden, hay síntomas que inequívocamente advierten una descomposición muy profunda. Pasarlos por alto es casi una traición.

¿Cabe entonces extrañarse de que la inmensa mayoría de la representación política (2/3) haya sido incapaz de frenar el acceso al Gobierno del marxismo-leninismo, vencedor relativo en una contienda de dudosa legitimidad?

Lo extraño, a nuestro juicio, habría sido lo inverso. Las capas políticas estaban desgastadas, intimidadas y carecían de voluntad rectificadora. Chile sufría una crisis de identidad que nos llevaba a un enfrentamiento que, bien o mal, cambiaría la fisonomía que hasta entonces había predominado.

Dígase lo que se quiera, pero lo cierto es que todo evidenciaba un profundo desajuste entre la Nación y el Sistema Político. Mientras en la nación aumentaba la frustración y el descontento y empezaban a surgir brotes de rebeldía; el sistema político, divorciado de la realidad, se confundía con un mundo artificial al que sólo llegaban escasos escogidos o iniciados. Por este camino habríamos de desembocar en la REVOLUCION COMUNISTA O EN LA REVOLUCION MILITAR, como proféticamente había anticipado un visionario que no consiguió hacerse oír: Jorge Prat Echaurren.

CAUSAS DEL DESAJUSTE

Las causas del desajuste son numerosas. No pretendemos desmenuzar cada una de ellas. Pero es necesario al menos, señalar las más significativas.

1. - Falta de identidad entre los partidos políticos y la ciudadanía

Es un hecho que no admite discusión el que los partidos políticos fueron desdibujándose hasta identificarse con oscuros intereses de clase o de sectores determinados. Las alianzas de partidos, en otro aspecto, contribuyeron poderosamente a restarles toda seriedad y confiabilidad. Todos ellos, sin excepción, en diversas épocas, accedieron al poder y, a su turno, defraudaron a un electorado que repetía la experiencia con un fervor cada día más apagado. No exageramos si decimos que al promediar la década del sesenta, la actividad política provocaba el rechazo, la repulsión de un porcentaje creciente de chilenos. Por otra parte, la ausencia de una enseñanza cívica elemental —que debió comenzar por quienes ostentaban cargos de representación popular— convirtió la función legislativa en un juego de ambiciones partidistas. Allí se amasó una legislación confusa, comprometida con grupos de presión y de escaso valor social. En suma, la noble actividad polí-

tica quedó entregada a quienes menos confianza proyectaban, con el perjuicio consiguiente para la marcha del país y la defensa del bien común.

2.– La demagogia y la propaganda instrumentos esenciales en la contienda política

A partir de 1950 se hizo evidente que el recurso más efectivo para ganar terreno en las luchas electorales era el uso abusivo de la demagogia. Cada corriente acuñó un "slogan" que, repetido y ensalzado con majadería, terminó por hacer creer que se había encontrado la panacea capaz de resolver como por encanto y sin el menor esfuerzo colectivo nuestros problemas. "La escoba", "la austeridad", "la revolución en libertad", "la vía chilena al socialismo" fueron, en su oportunidad, la llave maestra para conseguir la adhesión ciudadana y, posteriormente, para precipitarnos en una nueva decepción. En el arte de prometer lo que a sabiendas no podía cumplirse, compitieron todos los políticos, sin el menor escrúpulo, en una carrera que comenzaba por halagar al pueblo y terminaba por desencadenar un carnaval de ilusiones, siempre irrealizadas. Paralelamente, se va acentuando con mayor vigor la importancia de la propaganda que,a fuerza de machacar las consignas demagógicas, va inclinando al elector en uno u otro sentido. Este nuevo factor transforma las campañas en grandes empresas financieras que para solventar sus costos deben recurrir a compromisos tanto internos como externos. Re-

cuérdese el escándalo que desató la contribución del Departamento de Estado a la candidatura democratacristiana en 1964 y los aportes que realizó la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) a las campañas electorales del marxismo. Es difícil medir el grado de corrupción a que arrastra un sistema que se funda en el poder económico de cada postulación. Los ejemplos son, en todo caso, abundantes y aleccionadores.

3.– Política del botín

Es sabido que luego de cada triunfo electoral, el partido que conquista el poder utiliza la máquina del Estado para satisfacer las exigencias y los apetitos de sus camaradas o correligionarios. La "empleomanía" de que tratan los más perspicaces estudiosos del proceso político, es un defecto congénito del pueblo chileno. Gran número de partidarios de las diversas candidaturas no buscaban otro objetivo que obtener un cargo público, el cual llegó a transformarse en el ideal supremo de muchos de nuestros compatriotas. El Estado, investido por las leyes con la facultad de dispensar beneficios gratuitos, va pasando de unas a otras manos, sin que ello implique una corrección del fenómeno. La **discrecionalidad** de la autoridad, en este contexto, pasa a ser una característica necesaria del sistema que todos, en su momento, aprovecharon con idénticos fines, y que nadie tenía intención de eliminar.

4.– Politización de los cuerpos sociales intermedios

Otra reacción deplorable del sistema fue la inevitable politización de los cuerpos sociales intermedios. En la medida que el poder político (Ejecutivo y Legislativo), queda en manos de los partidos sin el menor contrapeso, y que éstos disfrutan de **discrecionalidad** para resolver los problemas que surgen en la base social, es inevitable su subsecuente instrumentalización.

Parece injusto, por lo mismo, reprochar a estos organismos la subordinación a las directrices partidistas. La infiltración política en los cuerpos intermedios es consecuencia del sistema que acumula en manos de los dirigentes políticos la plenitud de un poder discrecional. Esto explica, por ejemplo, que a la caída del gobierno marxista un 20% de la población se debatiera en la extrema miseria –dado que carecía de poder electoral– y que los grupos de presión hayan conseguido desproporcionadas ventajas que pagaban aquellos más débiles o menos disciplinados. No puede olvidarse que el estatuto de los trabajadores del cobre llegó al extremo de incorporarse a la Constitución Política del Estado, situación que no tiene precedente en parte alguna del mundo.

5. Insatisfacción económica.

En todos los estratos sociales se hacía manifiesta una profunda insatisfacción por el escaso desarrollo económico que año a año alcanzábamos.

Esta insatisfacción fue creciendo a medida que

por "efecto de imitación", a través del cine, la televisión y las publicaciones extranjeras, conocíamos el grado de desarrollo y de bienestar de que gozaban los países industrializados. Paralelamente, este efecto operaba sobre la caída de las tasas de ahorro y, por consiguiente, de inversión.

El crecimiento histórico anual de Chile hasta 1973, apenas sobrepasó el 3% del Producto Geográfico Bruto, cifra que era absorbida casi íntegramente por el crecimiento vegetativo de la población.

Tampoco puede ignorarse una tendencia nacional –arraigada en ancestros raciales, al decir de Zorobabel Rodríguez, Nicólas Palacio y Francisco Antonio Encina– que nos inclina por el cultivo de los profesionales liberales y los servicios. La formación del chileno lo aproximó históricamente al ejercicio de la medicina, la abogacía, el comercio y los negocios improductivos. Poco o nada se hizo por estimular la iniciativa empresarial o las profesiones y oficios técnicos.

No menos significativo fue el derroche de enormes recursos ya provenientes de la plata, el salitre, el cobre y otras riquezas naturales. Recuérdese que sólo en la década del año 20 los chilenos comenzaron a pagar impuesto a la renta. Antes de ello el Estado se financiaba fundamentalmente con los derechos aduaneros (importación y exportación).

Un mal entendido estatismo se encargó de entrabar la iniciativa privada, enmarcándola en una frondosa red burocrática que muy pocos podían despejar sin el concurso de influencias políticas. No hace muchos años, en todo caso menos de diez, para exportar un

producto era necesario reunir no menos de ciento cincuenta documentos, sin perjuicio de quedar sujetos a rigurosísimos controles que desaniman a los más emprendedores.

6. Polarización política.

El marxismo consiguió, usando los recursos que ponía en sus manos el sistema democrático, polarizar políticamente a los chilenos. Trás esta radicalización de posiciones subyacían intereses de clase que era imposible conciliar. La atmósfera se fue haciendo irrespirable. Todas las instituciones del Estado sufrieron este trauma. Ello repercutió especialmente en las más sensibles, dando particular estridencia a sus efectos. El espectro político se hizo, por lo mismo, cada vez más antagónico. El centro partidista comenzó a disolverse (Izquierda Cristiana, Mapu, Radicales del Cen, etc.) y a nutrir bandos extremos. Así nos fuimos precipitando hasta llegar al borde mismo de la guerra civil.

7. Partitocracia.

Finalmente, se acentúa una tendencia perniciosa en el sistema que permite la transferencia a las directivas políticas —desconocidas para la inmensa masa ciudadana— del poder concedido a la autoridad. Es esta la última fase del proceso de descomposición institucional. En este instante ya nadie sabe, a ciencia cierta, quién manda y por qué manda. El modelo político,

entonces, llega a su fin, destruído concientemente por quienes eran sus principales beneficiarios.

EL PRONUNCIAMIENTO MILITAR

Sólo en ese instante y por requerimiento irresistible de la ciudadanía, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, saltando por sobre una legalidad superada y obsoleta, rescatan la identidad nacional y, para salvaguardarla, asumen el compromiso de fundar un nuevo sistema político. Quien no entienda este proceso, cualquiera que sea el curso que tome en el futuro, difícilmente puede entregar un aporte positivo, más necesario que nunca para recapturar la unidad y la grandeza que forjaron los creadores de la República.

Exaltar y dignificar los grandes principios que inspiraron el 11 de Septiembre de 1973 se ha convertido en uno de los imperativos más poderosos del nacionalismo y, por qué no admitirlo, la razón de ser de estas páginas.

¿QUE ES EL NACIONALISMO HOY?

SINTESIS DE UN IDEARIO

El presente trabajo tiene por objeto dar a conocer, de modo muy sucinto, el pensamiento del nacionalismo chileno. Sus autores son tres dirigentes de vasta y reconocida actuación pública. Nadie mejor que ellos para precisar las líneas fundamentales de dicho pensamiento político. La idea central del nacionalismo gira en torno a la UNIDAD NACIONAL. La identidad histórica de la nación sólo se logra en la medida que emerge un sentimiento colectivo que excluye los factores de fraccionamiento y se aboca, como ha sucedido a través de nuestra historia, a los grandes desafíos que plantea la realidad día a día. **Sentir la nación como tarea** es el sello que caracteriza a los nacionalistas. De ahí la coherencia lógica de su posición y el rigor con que enjuician las estructuras disolventes que, de tiempo en tiempo, nos precipitan a crisis casi insolubles de convivencia. No resulta posible seguir considerando al nacionalismo como un mero sentimiento de apasionada exaltación patriótica. El nacionalismo es muchísimo más que eso. Es un ideario que debe conocerse.